

¿Y AHORA QUÉ?

María Romero Medinilla

¿Y AHORA QUÉ?
CÓMO EVITAR QUE UN CABRÓN TE JODA LA VIDA 

¿Y AHORA QUÉ?
MÁS ALLÁ DEL CABRÓN 

Título: ¿Y ahora qué?
Copyright © 2023, María Romero Medinilla
Primera edición: noviembre 2023

© Derechos de edición reservados
María Romero Medinilla



¡ALERTA SPOILER!

El capítulo extra ‘Acción de Gracias’ es contenido adicional a la bilogía ‘¿Y AHORA QUÉ?’. De esta manera, es necesario haber leído ‘Cómo evitar que un cabrón te joda la vida’ y ‘Más allá del cabrón’ para comprender el contexto del relato corto que a continuación se presenta. Te recomendamos no aventurarte a la lectura si no conoces al completo la historia de Júlia Capdevila.

Contiene spoilers significativos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra.
Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO EXTRA Acción de Gracias

Ha llegado el día. Es una mañana mágica. Anoche apenas pude pegar ojo y es que, después de tanto tiempo, por fin iba a cumplir uno de mis sueños. Un sueño a medias, incompleto, como lo está mi alma desde hace más de un año.

Un año, un mes y 22 días. Han pasado 418 días. No la olvido. Ella no me deja olvidarla. Mi mini Juls. Amanecer a su lado es un regalo, pero también -en cierta manera- un castigo. Tiene su sonrisa y también su mismo carácter de mierda. La extraño, joder si la extraño. Ha dejado un vacío que nada ni nadie puede llenar: ni el deporte ni la oxycodona ni siquiera nuestra hija. Ni tampoco estar este jueves de Acción de Gracias en la Sexta Avenida de Nueva York a minutos de que arranque la edición 97 del desfile de Macy's; pero aquí estoy, cumpliendo un sueño de mi infancia, sin los hombros de mi padre adoptivo y sin las manos de Júlía, pero cargando en brazos a mi hija de 21 meses entre el gentío.

Aún recuerdo sus palabras: “Quizá algún día puedes ser tú los hombros que sostengan a un niño ilusionado”, dijo para consolarme aquel Acción de Gracias de 2012 en Miami. Más de una década después de haberle confesado mi deseo de formar una familia (con ella, aunque en ese momento no concreté ese detalle), aquí estoy.

—Papá, mira. —Julianna -ilusionada- señala el globo de Baby Yoda—. Más alto, papá. ¡Más alto! —chapurreando inglés, pide que la monte sobre mis hombros. Con mi altura de exjugador de baloncesto profesional, mini Juls disfruta de una visión privilegiada.

Admirando los 12 metros de la versión hinchable del Maestro Jedi, me acuerdo del último Acción de Gracias que pasé con Júlía en la mansión de Palo Alto; cuando besó cada centímetro de mi rostro, haciéndome consciente de lo mucho que me echaba de menos y

susurrándome que no se conformaba con los cortos lapsos de intimidad que nos otorgaba la NBA. Suspiro. Así cada día, siempre. Rondando mi mente, rasgando mi corazón.

—A mamá le encantaba ese bicharraco verde de orejas puntiagudas. ¿Dónde salía? ¿Era de 'Star Trek'?

—Es un personaje de 'The Mandalorian', parte de la franquicia de 'Star Wars' —puntualizo como incipiente aficionado a 'La Guerra de las Galaxias' y sorprendido por la inesperada compañía—. Ana, me alegra que te hayas animado a ver el desfile con nosotros.

—A mi hija le hubiese gustado estar aquí, contigo y con la niña —se justifica, naciendo en su gaznate un nudo que le estrangula la voz hasta convertirla en un hilo prácticamente inaudible—. Júlia soñaba con vivir este día. Tengo que hacerlo por ella.

Mi suegra es la mujer más fuerte que he conocido jamás. Vivió en primera fila la enfermedad de su marido, su fallecimiento, la caída de su hijo pequeño en las drogas. La agresión sexual de Júlia; sus altos y bajos, con Matías, conmigo. La pérdida de Samuel. El asesinato de Izan... El embarazo y parto que casi acaban con su hija y la subida de tensión que nos la arrebató de súbito. Ana resiste; a duras penas, pero resiste. Lo hace por Julianna y por Sergio, por honrar la memoria de su hija y por mí. Porque sabe que la necesito, como yo sé lo que me necesita ella. Nos apoyamos el uno en el otro, siendo ella la madre que nunca tuve y yo el hijo que perdí.

Tose y se ajusta la bufanda.

—Hace mucho frío, Ana. ¿Quieres mi chaqueta? —ofrezco con gentileza, sin duda más acostumbrado a soportar las bajas temperaturas—. Debemos estar a un par de grados sobre cero.

—No te preocupes, hijo. Estoy bien —contesta ella, quitándole importancia a estarse helando. Su nariz se colorea de rojo y moquea.

—Anda, toma.

Le tiendo a Julianna y me quito el abrigo para colocárselo a mi suegra por encima. Le queda enorme. Dada su baja estatura, la prenda se extiende bajo sus rodillas. Ella debe sentir el calor al instante, ya que su semblante se relaja y su cuerpo parece reconfortado.

—Gracias —susurra, aún sosteniendo a la niña—. ¡Ay! —exclama afectada—. Llevas la... La chapita de Júlia. Ay, Dios mío —se emociona, esforzándose por contener unas repentinas ganas de llorar.

Ana se refiere a la anilla de la lata de Monster, al descubierto tras retirarme la chaqueta. La anilla que conmemoró mi primera cita con Júlia en Sausalito, la que fue abandonada en el parking de un centro comercial de Barcelona y la que tú guardaste durante un tiempo. Aquella con la que le pedí matrimonio a la mujer de mi vida, la que lució el día de nuestra boda y a la que se aferró cuando murió. “Nuestro emblema” cuelga hoy de mi cuello.

—Hoy la necesito conmigo, Ana —explico misterioso.

—Lo sé, lo sé. La necesitamos siempre, pero entiendo que hoy todavía más —se muestra comprensiva, sin apartar su mirada vidriosa de la anilla—. ¿Algún día lo superaremos, Daniel? —interroga retórica, sabedora de la imposibilidad de su anhelo.

—No creo. Aprenderemos a vivir con su ausencia. No aspiro a nada más —opino, reclamando a mi hija entre mis brazos.

—¡Abuela! ¿Hoy viene Santa Claus? —interrumpe Julianna, atropellando letras y un poco confundida con las fechas del calendario.

—No, hoy solo lo verás en su carroza. Ese impostor yanqui, invento de Coca-Cola, bajará por la chimenea de casa el día del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo —aclara mi suegra, haciendo gala de su disconformidad a la hora de hacer coincidir la tradición de Santa Claus con la natividad de su profeta—. Nosotros celebramos los Reyes Magos. “¡Yaaa vienen los Reeyes!” —entona con alegría el villancico español en pleno centro de Manhattan.

El desfile es precioso. Por el televisor impresiona, pero vivirlo en directo es otro nivel. Decidí que mi primera vez fuese a pie de calle, como un espectador más. Pude utilizar mi renombre como ‘The Ward’ para conseguir una mejor ubicación, pero quise ser Dani. “Solo Dani” en la Sexta Avenida con la 59. Eso sí, de incógnito; con gorra y gafas de sol, manteniendo a raya a los fans que pudieran quedarme.

Mi suegra prueba a calentarse las manos en los bolsillos de mi abrigo. Ahí, guardado a buen recaudo, halla el sobre. Por el rabillo del ojo, observo cómo acaricia su superficie. Fue su hija la que recabó aquella

información y la preparó con cariño. A Ana, el fantasma de Júlia también le ronda una y otra vez la mente, le rasga el corazón.

—Estoy listo, Ana —reconozco. Preparado, aunque nervioso—. Sé que no te hacía mucha gracia volver a saltar el charco y regresar a Estados Unidos. Gracias por acompañarme.

—No hay de qué, hijo mío —me sonrío melancólica, de seguro recuperando su mantra: “A mi hija le hubiese gustado” y “Tengo que hacerlo por ella”—. Ya casi es la hora.

Es cierto, pero no pretendo marcharme del desfile sin que Julianna vea a Santa Claus, a pesar de ser “el impostor inventado por Coca-Cola”. Su carroza, junto a la del mítico pavo y el calendario de adviento, era mi favorita cuando veía la cabalgata a través de la tele por cable en blanco y negro desde South Central en Los Ángeles, al otro lado del país. Aunque siempre compartía mis galletas, el capullo de Santa nunca me trajo nada de lo que pedía. Cuando vivía con mi madre, jamás se pasó por casa; más tarde, ya con mis vecinos e improvisados padres de acogida, caía ropa y zapatos, ya usados por los “elfos” del Polo Norte, según contaba la familia Ward. A los años, entendí que la Navidad dependía de la economía y que, por aquel entonces, no solo era modesta, sino a veces inexistente. En la actualidad, protagonizo portadas de videojuegos para las consolas más top del mercado; sin embargo, de niño nunca tuve una Game Boy.

Con el paso de Santa Claus, los ojos verdes de mi hija se iluminan. Así debían brillar los míos cuando miraba a Juls. Otra vez rondando mi mente, rasgando mi corazón.

—Vámonos —sentencio.

Ana lleva un rato inquieta, pero callada. No quiere presionarme, respeta mis tiempos y la toma de mis decisiones. Tampoco me juzga. Está a mi lado, como fiel escudera, esperando a que precise uno de sus consejos o para alzarme si tropiezo. Mi superheroína con gabardina Triple XL.

Caminamos por la Sexta Avenida hasta el 168 de Waverly Place, a 20 minutos. No se queja, pero a Ana le duelen los pies. Apenas hablamos, solo intercambiamos alguna referencia al desfile, la

masificación de la Gran Manzana y lo bonita que es la ‘Cavalcada dels Reis d’Orient’ de Sant Cugat.

—Salvo por los globos gigantes, el Ayuntamiento de Sant Cugat no tiene nada que enviarle a Macy’s —asegura—. Y, en Málaga, tenemos el espectáculo de luces de la Calle Larios o el árbol de la Plaza de la Constitución. ¡Oh! ¿Y qué es eso del pavo? Un buen pestiño y que se quite la tarta de calabaza —explica, exaltando sus raíces andaluzas.

—Habrá que ir a Málaga —propongo, alcanzando el portón rojo—. Aún estamos a tiempo. ¿Te apetece viajar en diciembre?

—¿En diciembre de este año? —inquiere sorprendida—. ¿Ya de ya?

—He aprendido a no posponer planes —comento, haciendo referencia a lo que me quedó pendiente vivir con Júlia—. Si tanto te apetece ese pestiño, iremos a catarlo.

—Claro, por supuesto —contesta ella, empatizando con mi argumento sobre postergar nuestros deseos—. Hemos llegado. No hay prisa, tómate el tiempo que consideres oportuno.

Es poco. Ya en Nueva York, no hay más que rumiar. Ha llegado el día de abrir el regalo que Júlia me hizo la mañana que nos casamos. Del sobre de la cómoda de la habitación de Sergio al portón rojo del 168 de Waverly Place en Green Village, Manhattan.

Coño, estoy nervioso. No es una sorpresa como tal, ya hemos hablado. Accedí al contenido de la carta al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Júlia y, partir de ese momento, lo moví todo. Lo de hoy implica dejar el teléfono y los e-mails atrás. Recortar distancia e iniciar un acercamiento, una “reconciliación” de algo nunca conciliado. Un primer paso, quizá el primero de muchos o el último de ninguno. Quién sabe, pero aquí estoy. Nervioso, pero estoy.

Aprieto el sonoro timbre, cuyo tañido retumba en mi cerebro generando dudas indeseadas. Respiro hondo. “Juls, ¿dónde me has metido?”, discuto en mi fuero interno. “Te necesito, nena”.

La puerta se abre. Aparece un hombre blanco de unos cincuenta años. Viste con un chándal Nike y una gorra de béisbol de Los Angeles Dodgers. Tiene los ojos verdes, iguales a los míos.

—¡Daniel! —saluda entusiasmado—. Te estábamos esperando. Gracias por venir. ¿Es Julianna? ¡Has venido con Julianna! —Percibí que sufrí de un ligero ataque de verborrea ante la insólita situación.

—Sí. Y ella es Ana, mi suegra —presento a la madre de Júlía.

—Un placer, señora. Steph Reed para servirla —le tiende la mano. Su rostro se entristece, bajando los párpados—: Os traslado mi más sentido pésame. A los dos. A los tres —se corrige, incluyendo a la niña en sus condolencias—. Le debemos este encuentro.

—Mi hija trabajó mucho para dar con usted, señor Reed —recalca Ana con nostalgia.

—Tiene mi eterno agradecimiento —agrega con amabilidad—. También siento lo de tu madre, Daniel —continúa con su homenaje a los muertos—. La quise mucho, te lo juro. Adanna fue mi primer gran amor. De haber sabido que... Ella se alejó, me dejó, desapareció. Yo nunca la hubiese abandonado, lo juro —expone con pena—. Lo importante es que ahora estás aquí. Bienvenido a casa, hijo.

Steph Reed está casado con una encantadora mujer mexicana, tiene dos hijos y acude a la iglesia protestante los domingos. Se marchó de Los Ángeles para estudiar Educación Física en Massachusetts y al licenciarse consiguió plaza como profesor de béisbol en un colegio público de la ciudad de Nueva York. Desconociendo el vínculo que nos unía, era un fiel seguidor de mi trayectoria deportiva.

Durante la charla, me extiende un cheque con varios miles de dólares para destinar a la ‘Fundación Mini Juls’ y se ofrece para viajar a España el próximo verano y realizar cursillos de béisbol con mis alumnos. Me cuenta que “mi hermana” está embarazada, que voy a “tener un sobrino”, que Julianna será la “prima mayor”. Asegura que hay espacio suficiente en su vivienda para los tres (incluida mi suegra), cada vez que viajemos a visitarles, dando por hecho que queremos visitarles. Su boca se llena de propuestas y buenas intenciones, en su ansia por recuperar el tiempo perdido.

Mi padre, el “cabrón” que enamoró a mi madre y se la folló detrás de una grada, resulta ser un tipo cojonudo.

“Gracias, Juls, por regalarme una familia”. Les visitaré. Visitaré a mi padre, a mis hermanos, vendré a conocer a mi sobrino. Volveré a Nueva York con ellos, con “mi familia”.

Desde el cielo, Júlia me sigue cuidando. Rondando mi mente, rasgando mi corazón. La extraño, joder si la extraño.

